

De nostalgias y comienzos. Elidio La Torre Lagares, *Correr tras el viento*. San Juan, Terranova Editores, 2011.

José J. Rodríguez Vázquez
Programa de Estudios Iberoamericanos
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

La última vez que supe de él, se había despedido diciendo haber fallecido sentado entre poemas, pero no le creí. Lo imaginé escuchando atentamente el golpe de la gota persistente sobre el paraguas que le dejó su abuela y jugando con “la tempestad del silencio”, las obstinaciones de la memoria y los caprichos, más oscuros que azules, del deseo. Ahora, helo aquí, hechicero, sorprendiéndonos en su feliz reaparición, “corriendo tras el viento”.

Decidirse a *Correr tras el viento*, hacer(se) su lectura, es colocarse en el punto de partida para transitar por la imaginación de Elidio La Torre Lagares. Al primer salto, comienza la intriga, y la narrativa te atrapa en los tiempos, símbolos y personajes de una historia que se fragmenta y se multiplica en vidas conectadas por el azar y la necesidad. Al corredor entusiasmado sólo le queda someterse, seducido, a los diálogos y paisajes de un drama donde la ambición y el sinsentido parecen tercamente confrontados con el poder de la ilusión. Un lugar, Chocolates, caprichos y algo más; un manjar cuyo nombre adquiere doble significado, San Juan Sour; un exconvicto exuniversitario, dueño del lugar y del manjar, que se niega a olvidar, Brad Molloy; una leyenda acompañando a un viejo Stradivarius, la vida del músico negro cubano Claudio José Domingo Brindis de Salas; una mujer amada, perdida y vuelta a encontrar, que no deja de ser una mujer imaginada y perdida para siempre, Aura Lee; un estólido, ni tan tonto, arrastrado, sin saber hacia dónde va, Dolo Morales; un matón, inescrupuloso y péfido, que sucumbe a un gesto de

solidaridad, Hammer Muñiz; un traficante de obras de arte intentando detener su crepúsculo con las magias de un violín y un chocolate especial, Paco Juárez, y las lógicas despiadadas que operan en las vidas que se conectan en el delito, la corrupción y la perversidad, Rico Salgado, Frank Manso, Vasco Quintana, Sergei Petrov y Sven Zubriggen, son algunas de las fuerzas que se entrecruzan en la carrera.

Y todavía hay más, mucho más que encontrar en este “correr tras el viento”. Brad Molloy (Bradulfo Martínez), zarandeado por el anhelo y las circunstancias, sometido a una cotidianidad simplona y delictiva que sólo se justifica en el sueño de reencontrarse con el amor pasado en el futuro incierto, es el núcleo de la historia. Brad ha salido de prisión y, siguiendo con sus andadas, decide establecer Chocolates, caprichos y algo más. Allí, para clientes exclusivos, despacha el famoso San Juan Sour, un chocolate retocado con Chan Su, un afrodisíaco importado de China que eleva la potencia masculina pero que, ingerido en dosis excesiva, puede ocasionar la muerte del consumidor. El síncope de un violinista, arrebatado por los efectos del Chan Su, oculto en el chocolate, deja en su tienda un cadáver y un violín que hacen posible que dos historias de amores fallidos, separadas en tiempo y espacio, se combinen: la de Brad por Aura Lee, amor de juventud que extraviado en el tiempo se sublima para resistir las vicisitudes de la cárcel y una vida plagada de derrotas y, por otro lado, la desgracia amorosa de Brindis de Salas encerrada en un Stradivarius esperando redimirse en el incendio de su expresión.

Brad habita el caos con astucia y serenidad. Cabeza fría, los peligros que amenazan su negocio y su existencia no le distancian del sentido que ha construido su imaginación. Molloy es lúcido, sabe bien que “la ciudad es la razón, donde valemos, el

justo peso de nuestras cenizas” (*Vicios de construcción*) y, quizás, nadie mejor que él, ese “corazón amorugado, arrugado de desamor”, sepa que “en el cosmos, el deseo, no es de quien lo posee, sino del que lo necesita”. (*Cáliz*) Las adversidades que parecen perseguirlo y someterlo no lo amilanan. Entre lo irónico y lo trágico, los “caprichos y algo más” de la Fortuna y Dioniso hacen que los que ambicionan el Stradivarius se reúnan con el chocolate “mágico” y provoquen que Brad pueda encontrarse nuevamente con su Aura Lee para descubrir los límites del sueño.

“*Correr tras el viento*” es un presente atado a su pasado y la utopía, una apuesta para corregir y otorgarle sentido al extravío, un fracaso asediando al que no quiere, o no puede, aceptar la derrota e insiste en instalar como futuro lo perdido. “Correr tras el viento” es vivir movido por las figuraciones de la nostalgia, actuar en la ficción que salva porque significa lo real en su representación. Y aunque parezca disparatado, esa es la única victoria, o si se quiere, la lección, insisto, entre irónica y trágica, que nos deja Molloy: corredor enamorado que encuentra en la derrota la única forma de redención.

Dicen que el primer acierto que debe tener una novela es atrapar a su lector. Afirmo que cuando se abre este regalo que nos hace Elidio, se corre tras del viento sin remedio esperando conocer el desenlace. El lector también se hará escritor de otras múltiples soluciones posibles y sentirá escaparse, incontenibles, los pájaros que habitan los colores de su viento. Es la maña y uno de los logros de Elidio hacer que el final te devuelva al comienzo y te haga repetir el recorrido y el desenlace.

Por eso, cuando trato de precisar lo que estaría pensando Brad Molloy, mientras fija sus ojos “en un punto lumínico en el techo”, me siento tentado a aventurar que

seguramente era lo que señalaba el autor en esa construcción sin vicios que es *Vicios de construcción*:

Algo trenza,
con magistral pesadez,
la noche
de mi aliento

qué es
una sombra,
sino
ausencia
de luz,
que
trama
la oscuridad
y en su vanidad
la multiplica

la sombra
sólo nace
en presencia de los cuerpos

nunca es en sí misma:
siempre es
aquello
que,
ineluctablemente,
huye.